«EL TEATRO INFANTIL Y JUVENIL EN ESPAÑA»

Por *Salvador Ferrer C. Maura*

La reciente conmemoración del primer centenario del nacimiento de D. Jacinto Benevente, y las características de su campaña teatral titulada «El Teatro para los Niños», que realizó, desde diciembre de 1909 hasta marzo de 1910, son motivos suficientes para justificar nuestra «Comunicación», referida a la ponencia segunda del PRIMER CONGRESO NACIONAL DE TEATRO PARA LA INFANCIA Y LA JUVENTUD, que lleva por título *El Teatro Infantil y Juvenil en España.*

Nuestro propósito, es rendir homenaje al insigne autor de *El Príncipe que todo lo aprendió en los libros,* sin ulterior finalidad crítica. Pretende ser, simplemente, una aportación informativa apoyada en las noticias periodísticas de la época.

* * *

La inclinación de Benavente por la infancia nació espontáneamente de su propia manera de ser y de su específica conducta familiar.

Hijo de don Mariano Benavente, llamado «el médico de los niños» por la especialidad profesional a que dedicó sus relevantes actividades, acompañó a su padre en muchas visitas y tuvo frecuente ocasión de conocer de manera muy directa la problemática infantil de su tiempo.

Por otra parte, la natural querencia por las *cosas del teatro,* que sintió desde su adolescencia, y aún antes; su precocidad como autor, como actor y como director de que hizo gala frecuentemente, fueron

levadura inapreciable para la campaña que en la madurez de su producción teatral, llevó a cabo bajo el título genérico del EL TEATRO DE LOS NIÑOS.

Evoca Benavente con singular donosura los comienzos de su carrera teatral. «Las primera manifestaciones de mis aptitudes dramáticas—escribe en sus Memorias—fueron representaciones religiosas, para que mi vida de hombre de teatro fuera compendio de toda la vida del teatro...»

Más adelante, escribe: «Los sermones eran mi fuerte. La oratoria sagrada fue mi primera manifestación literaria. Por eso, quizás, mis comedias, con otros muchos defectos, tienen el de ser un tanto sermoneadoras: resabios, sin duda, de mi iniciación al comunicarme con el público...»

«Los chicos—declara en otro lugar—teníamos también nuestro teatro de vanguardia... El teatro ideal, sin espectadores; si acaso, algún menor al que no considerábamos capacitado para formar parte de la Compañía y había de contentarse con ser espectador. Aquellas representaciones eran mi verdadera comedia del Arte; mejor dicho, tragedia o drama, porque su asunto era siempre de guerras, desafíos, muertes y fieros males. Antes de empezar combinábamos el argumento, nos poníamos de acuerdo, provisionalmente de acuerdo, porque muchas veces, con el fuego de la improvisación, el argumento convenido tiraba por otros derroteros y el que había de morir pasaba a ser matador o viceversa...

»El diálogo se improvisaba y era de una fluidez y espontaneidad, que más de cuatro autores de nombre lo hubieran envidiado, sobre todo, en los improperios que precedían al inevitable desafío entre Manolito Jimenez y yo, siempre en presencia de Maricotín cuyo amor nos disputábamos o cuyo honor defendíamos sin que ella no se llevara la mejor parte de nuestros tajos y mandobles, sin contar con los violentos zarandeos y hasta el verismo de un arrastre por el mismísimo pelo, muy justificado por sus traiciones y desvíos. Todo lo que ella soportaba con la ejemplar mansedumbre propia de su caracter.

»Entre el diálogo improvisado intercalábamos relaciones aprendidas en comedias de veras, viniera o no viniera a pelo, que no venían casi nunca, y en esto era en los que más se parecían nuestras comedias a la verdaderas.

»En las representaciones nos anticipábamos al decorado sintético de los teatros modernos o regresábamos al de los teatros primitivos, como quiera tomarse. Pero siquiera nosotros no hacíamos de necesidad, virtud, ni pretendíamos que pasara por arte exquisito, como en los modernos teatros de vanguardia, lo que solo era penuria de medios para más lujosa representación.»

Aunque la cita resulta quizás excesivamente extensa sirve a nuestro propósito de fijar la mentalidad y el cariño con que Benavente evoca sus años adolescentes en unas líneas donde queda palmaria demostración de su quehacer en el campo del Teatro auténticamente infantil. Un teatro que describe, con no disimulada ternura, su entusiasmo y su predilección.

«Mi juguete—escribe—; mi teatro. Tablas, cartones, alambres, colorines, muñecos.» Se refiere a su teatro de guignol. «Nunca empresario, ni director artístico, ni autor alguno, dispusieron de material más dócil a su imaginación, más obediente a su fantasía». «Mi primera obra se escribió—¿cómo no?—para mi teatro. Era un cuento de magia en un acto: *El Gato pardo.*

»Después escribí una adaptación de *Nuestra Señora de París*... Escribí también una obra de gran espectáculo en treinta o cuarenta cuadros a imitación de una que se había estrenado en el teatro Chatelet, de París, con el mismo título: *Las Mil y una Noche.* Mi obra, como es natural, tenía más cosas que la estrenada en París y era de mucho más espectáculo. No se llegó a representar por entonces. Era el año en que yo debía graduarme de bachiller. A mi padre le parecía que yo no estudiaba lo que era preciso y suspendió las representaciones. Yo regalé el teatro por no verle callado y triste. Fue mi adiós a la infancia.»

* * *

En los Lunes del *El Imparcial,* escribía Benavente sus apuntes sobre la actualidad. El día 26 de octubre de 1908 apunta nuestro autor: *Colombine* propone en un artículo publicado en *España Artística* la fundación de un teatro para lo niños... «¡un teatro para los niños! Si; es preciso, tan preciso como un teatro para el pueblo. ¡Ese otro niño, grande, tan poco amado también y tan mal entendido!»

Deja correr la pluma extendiéndose en consideraciones acerca del significado y alcance que ha de tener tal teatro y termina diciendo: «La amable escritora cita mi nombre entre los de otros escritores que, seguramente, no dejarán de escribir obras para ese teatro. Por mi parte, ¡nunca con mayor ilusión, nunca también con mayor respeto a mi público!»

* * *

La idea, probablemente muy trabajada por Benavente acababa de encontrar una motivación para salir a flote.

Durante los primeros meses del año 1909 escribió varios artículos en los que iba perfilando una interesante serie de puntos de vista acerca de la empresa teatral que había concebido.

Con fecha de 23 de agosto de 1909, escribe una de sus sazonadas *Sobremesas*, en la que expone su panorámica de la campaña teatral que está a punto de realizarse. He aquí algunas de las ideas que expone Benavente:

«El Teatro de los niños es una de tantas ilusiones mías. Pero, nada de monopolizar ideas. No es mía solo. Son muchos los autores dispuestos a realizarlas. Uno de ellos, el simpático López Marín me propuso nada menos que edificar un teatro de nueva planta para este especial objeto. Echóse a buscar capitalista con el mayor optimismo. No le acompañé en él, no tratándose de consagrar como primera tiple a una corista distinguida por algún ricacho de aluvión o de abrir una nueva tablajería, escena de carnes averiadas, bases de los más sólidos negocios teatrales. Ignoro el resultado de sus gestiones. Pero en fin, con dinero o sin él, con nuevo teatro o en cualquiera de los muchos existentes el Teatro de los niños empezará en la próxima temporada, modestamente como un ensayo.

»Como los empresarios grandes tienen bastante en qué pensar con su gran público, preferimos un pequeño teatro y un pequeño empresario. El Príncipe Alfonso y Fernando Porredón...»

En este año de 1909, Benavente con sus cuarenta y tres años sobre las espaldas está en plena madurez de su producción literaria.

Es ya un autor consagrado. En su dilatada lista de estrenos han quedado atrás *El Nido ajeno, La noche del Sábado, Rosas de Otoño, Los intereses creados, Señora Ama...*

Cinco obras lleva estrenadas en 1909, antes de iniciar la Campaña Teatral que nos ocupa. Entre ellas, *La Escuela de las Princesas.* En total su acervo teatral cuenta ya con 68 título. Es figura indiscutible entre los autores teatrales españoles. Su tentativa es digna de atención. No es la aventura de un advenedizo para abrirse camino en el mercado teatral español, ni un indocumentado, sin más armas que su osadía.

La Prensa acoge amablemente las noticias relativas a la próxima inauguración. Según dicen los enterados de los detalles de la campaña, además de las obras que ofrecerá Benavente, la empresa cuenta con obras de Santiago Rusiñol, una comedia de Eduardo Marquina, titulada. *La Muñeca Rota.* Están preparando los arreglos de *El Mercader de Venecia* y *Robinson Crusoe,* adaptada convenientemente subirá al escenario en las próximas Pascuas... S. M., el Rey Alfonso XIII asistirá al estreno de la Campaña Teatral... Benavente, esperanzado escribe con fecha 20 de diciembre: «No se aspira a la perfección ni mucho menos. Es un ensayo, un modesto ensayo de un teatro en que los niños no oirán ni verán nada que pueda empañar la limpidez de su corazón, ni de su inteligencia. No saldrán de allí con adquisiciones preciosas de vocabulario como «la vértiga» «la órdiga» y otras expresiones. No se iniciarán en los encantos del garrotín y del molinete.»

El día 20 de diciembre se levantará el telón por primera vez. Benavente escribe: «Hoy empezará sus representaciones el Teatro para los niños.

»Nada diré de sus principios por tener yo parte en ellos.

»Otros autores vendrán después, que justifiquen los elogios.

»Por ahora basta con alabar la intención y agradecer a la Compañía del Teatro y a su director, Fernando Porredón, el entusiasmo, la fe ciega, el desinterés absoluto puestos al servicio de la idea. En compañías de pretensiones y en empresas de fuste no es tan fácil encontrar todo esto...»

Benavente debía barruntar la posibilidad del fracaso, por muy alto que fuera el entusiasmo propio y el de los colaboradores que le rodeaban. El artículo anterior lo termina con estas reveladoras palabras: «Si la idea fracasara y yo tuviera la conciencia de que no era por culpa mía ni de cuantos han de ayudar a servir la empresa, hago voto solemne de escribir en desagravio de mi error y agravio del ajeno,

una cachunda de gran espectáculo, que dedicaré a cuantos y a cuantas se lamentan de la inmoralidad del Teatro...»

Desgraciadamente para las esperanzas puestas en el empeño, el día 17 de diciembre había fallecido Leopoldo II, rey de los belgas.

La Corte Española decretó 24 días de luto y doce de alivio. En consecuencia ni la Corte ni los Grandes de la aristocracia española asistieron a la inauguración del Teatro para los Niños. Posiblemente el imprevisto y desgraciado acontecimiento hirió gravemente el buen propósito que se ponía en marcha.

* * *

El programa de la inauguración no podía ser más apetecible.

He aquí los elementos del mismo:

PRIMERO: *Ganarse la vida*, comedia de don Jacinto Benavente.

SEGUNDO: Lectura de poesías:

a) *Curiosidad*, de Catarineu, leída por el primer actor: Fernando Porredón.

b) *Te voy a contar un cuento*, de Rubén Darío, por Nilo Fabra.

c) *A los Niños*, de Eduardo Marquina, por el propio Eduardo Marquina.

d) *El buen ejemplo*, de Campoamor, por Fernando Porredón.

TERCERO: Estreno de *El Príncipe que todo lo aprendió en los libros*, de Jacinto Benavente.

Las críticas subsiguientes al estreno dejaron constancia del éxito obtenido, aunque se adivinaba ya entre líneas que algo no funcionó demasiado bien.

El Liberal, decía, entre otras cosas: Es la obra de un poeta, de un gran poeta que ama la vida en su más hermosa manifestación. La idea es bellísima. Si fracasara en su noble intento el eximio autor de *Por las nubes*, no será suya la culpa. Es indispensable que los Quintero, Linares, Rivas, Marquina, Palomero y otros buenos poetas secunden al esclarecido autor y hagan teatro para los niños. Entonces, sí. Entonces el triunfo será seguro y mientras los pequeños ríen y se divierten, los grandes saboreamos las infinitas bellezas que en sus «producciones infantiles» pondrán los poetas...»

En son de broma un poco amarga, el crítico hace recuento de algunos de los *niños* que asistieron al espectáculo. Entre otros, Pepito Laserna, Manolito Tolosa Latour, Alejandrito Saint Subin, Antoñito... (lisa y llanamente), los nombres de los críticos teatrales más destacados del momento.

En *El Imparcial*, el crítico titular José de la Serna, se vuelca en elogios en una extensa crítica que termina así:

«El primer vencedor de ayer fue Benavente. Se le aclamó, se le ovacionó, se le dieron vivas. Ahora... hacen falta niños. Pero, por Dios, que no vayan Nanito, ni Polito, ni Rucito, que se van a aburrir.»

A continuación insertamos parte de la crítica que publicó *ABC*, firmada por Floridor, que en esta ocasión firmó con el seudónimo de Floridorcito.

Dice así: «Querido tío Floridor: ... saqué cuatro pesetillas, con las que compré una localidad y asistí a la inauguración del Teatro para los Niños. En la sala, por cierto muy elegante y coquetona, ví a varios compañeros de colegio, acompañados de sus preceptores o de sus papás.

»Mi preceptor me dejó completamente libre. De lo que me alegro mucho porque es un señor mucho más molesto que la Trigonometría.» Unas líneas más adelante, añade: «Si vieras con qué orgullo antes de sentarme en la butaca anduve por los pasillos desenfadadamente para dar a entender a los que me veían que yo iba solo al Teatro, que ya era un hombrecito.

»A las cinco en punto dio comienzo el espectáculo. ¡Con decirte que no tuve tiempo ni de fumar a escondite un cigarrillo! ¡Si papá lo supiera!; la verdad, yo me sentía halagado de que Benavente todo un Benavente, del que os he oído hablar con tanto entusiasmo, nos dedicase a nosotros todo un teatro...

»Aquí, en confianza, te diré que ya era hora de que se nos hiciese justicia.

»*Ganarse la vida* se titula la primera obra que se representó...» Sigue la crónica narrando el argumento con frases muy encomiásticas y continúa: «Después alzóse la cortina y unos señores leyeron entonadamente lindas poesías...»

Hace a continuación un juicio muy laudatorio de *El Príncipe que todo lo aprendió en los libros*, y termina:

«Cuando terminó la comedia, el público, en pie, aclamó a Benavente. Hubo vivas y el entusiasmo fue enorme. Varios niños regalaron al fundador de su teatro una caja de habanos para que los fumase en su nombre ya que ellos no pueden saborearlos todavía como quisieran.

»En fin, una grande y artística solemnidad que yo jamás olvidaré, celebrando la hora buena en que empleé las cuatro pesetillas de mis ahorros. ¿Te parece que demos un viva a Benavente? ¿Te parece que declaremos aquí que Benavente es el dios para los niños, y Porredón su profeta?»

Y firma: «Floridorcito».

* * *

Los acontecimientos, por desgracia (nos referimos, naturalmente a los acontecimientos económicos) debieron quedar varados desde el primer instante...

«Andrenio», crítico y autorizado, al relatar la inauguración de la temporada deja escapar ya algunas afirmaciones reveladoras del peligro de la campaña:

«No es fácil—escribe— hacer teatro para niños. Vivimos en una época de niños precoces. Casi no hay niños, sino hombrecitos y mujercitas. Debemos procurar que los haya, pero como el teatro tiene que adelantarse a esta transformación y ha de ser parte para ella, hemos de contar con la infancia que nos es dada, mezcla de candor y de malicia, almas blancas en que ya la vida ha proyectado la sombra de sus figuras. Sería lamentable que el teatro infantil divirtiese a los grandes y aburriese a los niños. Sea tal, que entretenga a unos y a otros, que algo de niños han de conservar los hombres mientras no se sequen en su alma los más puros manantiales de emoción.

»El Teatro de los Niños se inauguró en el Príncipe Alfonso, casi sin niños, con un público de literatos, de actrices, de actores. No importa. Principio quieren las cosas.»

Que la temporada teatral a que hacemos referencia no tuvo éxito, «a metálico», lo demuestra la pequeña vorágine de estrenos a que hubo de recurrir para asegurar la presencia de un mínimo grupo de fieles asistentes. Sólo *El Príncipe que todo lo aprendió en los libros* mantuvo con gallardía su presencia en el cartel...

Véase la lista de estrenos, más agobiante, si se considera que la idea primitiva era que el teatro actuara únicamente los jueves.

Año 1909:

20 de diciembre:	Inauguración de la temporada Estreno de: *Ganarse la vida* Recital de Poesías Estreno de: *El Príncipe que todo lo aprendió en los libros...*

Año 1910

6 de enero:	Estreno de *Los Pájaros de la calle*, de López Marín, adaptación de un cuento de los Hermanos Grimm
13 de enero:	Estreno de *El último de la clase*, de Felipe Sassone, adaptación de un fragmento de *Corazón*, de Edmundo de Amicis.
20 de enero:	Estreno de *Cabecita de Pájaro*, original de Sinesio Delgado. Exhibición de diapositivas.
27 de enero:	Estreno de *El Nietecito*, de Jacinto Benavente, adaptación muy libre de un cuento de los Hermanos Grimm. Poesías, de Guerra Junquiero, traducidas por Marquina. Poesía *La Marcha Triunfal*, leída por Nilo Fabra y lectura de un cuento de Paul Delair, traducido y leido por Jacinto Benavente...
29 de enero:	Estreno de *La Mala Estrella*, original de Ceferino Palencia Alvarez.

3 de febrero: Estreno de *La Muñeca Irrompible*, de Eduardo Marquina. (Con toda seguridad *La Muñeca Rota* de la que se hizo mención en los prolegómenos esperanzados de la campaña).

A cuenta de este título, escribe «Andrenio» el día 13 de febrero:

«*La muñeca irrompible* (antes inrompible), cuyo título se ha rectificado gracias a *Un chico del Instituto* es un cuento fantástico de los que constituyen hasta ahora el tipo más frecuente del naciente repertorio del teatro de niños. Este cuento escénico que a ratos descubre su buen linaje, como hijo hecho a ratos perdidos...

De esta obra dice otro crítico: «Es la obra escrita con alma de niño y escrita con cerebro de psicólogo.» Y termina: «Decir que Marquina ha llevado a la obra poesía, amenidad y gracia es cosa innecesarias. A la muñeca *inrompible* sólo puede ponérsele un defecto: el de que su autor, al escribirla, pensó quizás que literatos y personas mayores habían de escucharle y en algunos momentos olvida que escribe para niños, diciendo cosas muy bonitas y hondas que hacen meditar a los hombres...»

Tampoco merecieron buenas críticas los estrenos de las obras de Sassone y Ceferino Palencia. El *Ultimo de la clase* y *La mujer muda*, respectivamente, que, al decir del crítico «ofrecen muy corto interés escénico». Y aconseja a los autores noveles que «sean algo menos modestos y cultiven más la originalidad». Efectivamente, fue nota destacada acogerse a adaptaciones de obras de fama universal en el campo de la literatura infantil probablemente para no caer en terreno literario discutible.

El día seis de febrero, el citado «Andrenio» se lamenta de la falta de asistencia de niños a las sesiones de Teatro: «Es lástima—dice—que no vayan más niños al teatro de niños. Cuando Porredón dice, al final: «Queridos niños»... estas palabras al resbalar entre las canas y las calvas de bastantes espectadores toman un dejo irónico: «Si me lo hicieras bueno»... pensará más de uno...»

El espíritu avisado de Benavente captó inmediatamente la hostilidad que su campaña despertaba en determinados sectores y así, el día 27 de diciembre publicó el siguiente artículo:

«Ya pareció Maese Reparos. Y ¿cómo pudiera faltar? Con motivo de la inauguración del Teatro para niños hay quien advierte que los

niños están mejor en el campo que en el Teatro. ¿De veras? ¿Creen ustedes que yo lo había puesto en duda por un momento? Sólo que... ¿campo en Madrid y en invierno? Yo sólo creía que dado el egoismo de ciertos padres, incapaces de privarse de un espectáculo impropio de niños y capaces de llevarlos al teatro, lo mismo a un terrible drama con su buen adulterio, que a una comedia de malas costumbres, que a una chulería del género chico, donde nada bueno pueden oír los muchachos, siempre sería preferible que existiera un teatro en que, aunque por sistema no se moralice, nada se oiga, al menos, que pueda manchar—esta es la palabra—el espíritu de los niños.

»No es que yo considere este teatro como remedio de todos los males; supongamos que sea un mal menor. Ya será algo, Pero, francamente, de eso a que unos cuantos señores a quienes nunca se les ocurrió protestar por ver a los niños en otros teatros nos vengan ahora con la monserga del campo y del aire puro, a propósito del Teatro para los Niños, hay la distancia del criticarlo todo a hacer algo aunque sea poco...

»Yo no me considero un héroe ni un bienhechor de la humanidad por haber patrocinado ese teatro, pero tampoco es para que se me considere un malhechor. Con menos trabajo y menos entusiasmo un par de piezas sicalípticas me dejaría más limpio. ¡Bello país! ¡Cuántas veces hubiera uno emigrado si no hubiera uno aprendido a despreciar desde muy joven...!»

* * *

Frente a tales críticas no faltaron, como es de suponer, los elogios más acendrados y las adhesiones más entusiastas.

En la sección de *ABC*, titulada *La mujer y el niño*, se publicaba el día 26 de diciembre un interesante artículo en el que, entre otras cosas se decía:

«... Cuando inventamos juegos para los niños pensamos que les ha de gustar infinitamente lo que a nosotros nos complace. Y, sin embargo, es tan personal, movedizo y fantaseador el espíritu del niño que, en todas sus diversiones le atrae más la propia investigación que nuestra tutoría docente...»

Y termina: «A la manera de *El Príncipe que todo lo aprendió en los libros*, los *criaturistas* (como les llamaba Letamendi) profesionales

o de afición, se dan grandes atracones de lecturas sabias y sintiéndose mentores, olvidan cómo sentían, cuando niños.

»Benavente, que tiene vivo su niño en el alma y por eso es burlón y melancólico, profundo y ameno, gracioso y sensible a un tiempo, provocando la admiración de las gentes, que no aciertan a comprender tan raras y contradictorias fases y aptitudes de su talento artístico. Benavente, que piensa siempre en el porvenir y es un español de corazón, ha levantado una bandera salvadora en la cual ha escrito esta frase: «Para los niños». Ojalá le imiten y le sigan todos los hombres de buena voluntad y patriotas».

El día 30 de diciembre Diego San José escribe un emocionado artículo en *ABC*, proponiendo se brinde un homenaje a Benavente. Sugiere que los niños de Madrid depositen unas flores al pie de la escultura de don Mariano Benavente situada en el Parterre del Retiro. *ABC*, se suma a la iniciativa.

Al día siguiente el mismo periódico apostilla que la campaña teatral de que estamos haciendo mención «ha fructificado de tal modo, que puede considerarse como un hecho definitivo su arraigo». *ABC*, se distinguió constantemente por el cálido apoyo que dedicó de modo entusiasta, a la iniciativa de Benavente.

El día 6 de enero de 1910 se estrena la obras, *Los Pájaros de la Calle*, de López Marín.

«Andrenio» ironiza sobre la obra «en la que no hay ni pájaros ni calle.»

ABC, declara en su crítica: «El Teatro para los niños, feliz iniciativa del maestro Benavente, ha tomado carta de naturaleza entre nosotros, pues tiene ya un público entusiasta, incondicional, que asiste a todos los espectáculos que con este carácter se organizan en el Príncipe Alfonso. La idea generosa del insigne autor ha cristalizado de tal manera, que puede considerarse asegurada, a juzgar por la decidida cooperación que viene prestándole la numerosa y distinguida concurrencia que acude a estas representaciones.»

Con motivo de la Fiesta de los Reyes Magos, y posiblemente, con la buena intención de aupar en lo posible el éxito de la campaña Teatral, se anunciaron unas representaciones de «invitación para niños pobres».

Nos limitamos a exponer el hecho sin entrar en disquisiciones sobre la tristeza que produce tal discriminación. Ya hemos manifes-

tado que en esta comunicación no nos guía más que un criterio puramente informativo.

En relación con el éxito de tal iniciativa publicaba días después *ABC*, las siguientes líneas.

CUCHICHEOS. ACERCÁNDOSE A LOS NIÑOS

A propósito, ¿no sabe usted que precisamente en los días destinados a estas fiestas de caridad (entradas gratis para los niños) no acudieron los niños ricos? La empresa del Teatro para los niños quiso establecer una buena costumbre y llevar a cabo un acto de verdadera misericordia; dispuso juguetes y dulces para que los niños acomodados los distribuyesen a los huerfanitos. Pero, el propósito fracasó y en aquellos días perdieron dinero en las taquillas.

Acaso los padres temieran que sus hijos se contagiaran.

¿De la pobreza? Todos los niños de los asilos estaban sanos y limpios y hasta elegantes con sus uniformes. Auditorio más correcto y entusiasta no se vio nunca. Aún persiste la leyenda negra respecto al asilo y al Hospital considerando estos sitios como lugares de agobio y deshonra...

El estreno de *El Nietecito*, de Benavente, fue reforzado con la organización de un «BENEFICIO DEL DIRECTOR ARTISTICO».

El Programa fue denso e interesante. Dióse una representación de *El Príncipe que todo lo aprendió en los libros;* a continuación, hubo la correspondiente lectura de poesías y terminó el espectáculo con el estreno de *El Nietecito.*

«El lindo saloncito — escribe la crítica —, estaba animado aunque no totalmente lleno como hubiera sido de desear» y apostilla: «Si acaso algún espectador pensaba: ¡qué triste se va poniendo Benavente! en el público, que aplaudía, conmovido, podían hallar la mejor contestación: qué humano y qué conocedor de los fines de ese Teatro, que, en noble empeño, ha fundado y alienta para los niños. A cada cual lo suyo.»

* * *

El que pudiéramos llamar estamento intelectual madrileño, representado por el ATENEO DE MADRID, rinde dos días después

— es decir, el sábado día 29 de enero — un cálido homenaje a Benavente. Eduardo Marquina recitó una poesía titulada: *El teatro de hoy y el teatro de los niños.* Magistral la poesía y magistral la lección de Marquina, como recitador. Nilo Fabra prestó su incansable colaboración, con la lectura de otros versos y Ramón Pérez de Ayala dio a conocer una magnífica poesía suya titulada: *Contra estos siete vicios hay siete virtudes.* La publicó el Imparcial en sus páginas de LOS LUNES, el día 31 de enero. Se representó *Ganarse la vida.* Benavente pronunció un breve discurso en el que dijo entre otras cosas: «Aquí nos debemos a las verdades, por eso quiero decir ante todo en el juguete: si el juguete lleva dentro algún mecanismo que nos enseñe alguna verdad científica, no será malo el cuento de niños que encierra alguna verdad... Pero, ante todo, que el juego divierta y entretenga.» «Por eso yo, que por única disculpa de todos mis errores y por única vanidad de mis aciertos invoqué la perdurable infantilidad de mi espíritu, creí que este Teatro para los Niños, que a mí me divierte tanto, divertirá también a mis hermanos, los niños y los poetas. Ellos son todo el porvenir, besos de amor y rimas de versos: van renovando a cada aurora la vida y el espíritu de las generaciones: patria sin niños es patria sin vida; tierra sin poetas es tierra sin alma.»

La Prensa madrileña apostilló el homenaje con estas palabras: «En suma, el brillante festival de anoche fue digno de Benavente, del Ateneo y del objeto noble y simpático y trascendente a que se dedicó.»

Un cronista añadió: «Lo único que se echó de menos fueron los niños que hubieran participado, tanto o más que los grandes de la simpática fiesta de anoche.»

* * *

A pesar de las innegables muestras de adhesión que dejamos consignadas. Benavente no se dejaba engañar. El día 31 escribe en una SOBREMESA, las siguientes palabras reveladoras del estado — pudiéramos llamar crematístico — de la cuestión:

«De la excelente acogida al Teatro para los niños y del interés con que un público si no tan numeroso como fuera de desear todo lo selecto que pueda pedirse, sigue sus representaciones, nada me satisface tanto como el buen éxito obtenido por la lectura de poe-

sías, ¡Versos, poesías! Era una especie de coco para las empresas teatrales. Hoy ya empieza a creerse en ellas y todo hace presumir un glorioso renacimiento de la poesía en el Teatro.» Después del estreno de la *Muñeca Irrompible,* la campaña cayó en barrena.

El lunes, 14 de febrero, la Prensa publicó la siguiente noticia:

«Ayer, domingo, la Compañía de Fernando Porredón dio por terminada la brillantísima campaña que le permite añadir en su hoja de servicios al arte, el envidiable privilegio de haber sido el primero en ofrecer su apoyo y sus entusiasmos al Teatro para niños, bella idea del ilustre Benavente en la que han colaborado, hasta ahora, con tanto acierto como buen deseo, escritores de tanto prestigio, como Sínesio Delgado, Ceferino Palencia (padre e hijo), Eduardo Marquina, López Marín, C. Fernández Shaw, Pérez Marín, Nilo Fabra...

»Fernando Porredón proyecta una larga tournée de primavera, por provincias, con el teatro para los niños...»

En la nota anterior se eluden discretamente los nombres de aquellos escritores que fueron convocados por la Prensa para colaborar con Benavente. Santiago Rusiñol, de quién se habló en los comienzos de la campaña, autor de un inefable *Titella* pródigo, no acudió a la cita. Tampoco lo hicieron los hermanos Alvarez Quintero, que, por contraste estrenaron en el Teatro Apolo, el día de los Inocentes, la obra infantil titulada: *La muela del Rey Farfán;* con música del maestro Vives. La obra obtuvo un merecido fracaso. Y la crítica apostilló: «No es suficiente grotesco para que resulte apropiado al día...» Tampoco hicieron acto de presencia autores tan calificados, como Martínez Sierra, Linares Rivas y otros...

No se dio por vencido el espíritu de Benavente y aún tuvo el clásico aliento final de todas las empresas generosas.

El domingo, 6 de marzo, aupado en esta ocasión por Tirso de Escudero, la Compañía de Porredón, patrocinada por Benavente, ofreció en su último estertor una auténtica joya literaria: el estreno de *La Cabeza del Dragón,* de Ramón María del Valle-Inclán.

Dijo así la crítica:

«Creada y sostenida por el maestro Benavente, la empresa del Teatro para niños se ha enriquecido ayer con una nueva obra, un cuento primoroso de don Ramón María del Valle-Inclán. El maravilloso cincelador de nuestra prosa no podía permanecer indiferente

a éste simpático movimiento y a él acudió con todos los esplendores de su ingenio y todas las galanuras de su estilo, diluyendo en dos actos un cuento infantil que es un primor de ingenuidad, de ternura, de gracia y de ironía.

Fue llamado a escena infinidad de veces.»

El estreno tuvo lugar en el Teatro de la Comedia. Se estrenó también una comedia de Viu, titulada: *El Alma de los muñecos.*

* * *

Algunos meses después el propio Benavente cantó el adecuado responso a la malograda campaña.

El día 26 de diciembre de 1910, escribía:

«El año pasado tuve, con el concurso de otros autores, el costoso capricho de iniciar un teatro para niños... No solicitamos licencia del ordinario, ni pedimos el V.º B.º de ninguna cofradía, porque no hay conciencia, por enlodada que estuviera al roce de las miserias humanas, que no sepa por si misma, bien claramente, el respeto que se debe al alma de un niño. Acudieron madres y niños de la clase media y de las clases populares... A la sociedad elegante no tuve el gusto de verla por allí. Sus automóviles y sus coches lujosos estaban a la puerta de otros teatros de garrotín y desvergüenza. Se comprende que acudan a que la autoridad les moralice el teatro a los que no saben contenerse de su curiosidad por la inmoralidad.»

Palabras amargas que rezuman desilusión y desesperanza: las dos armas fundamentales para que fracasen los más entrañables proyectos...

Diez años después, Benavente estrenó *La Cenicienta, Y va de cuento.* Obras literariamente muy destacadas en la producción benaventina basadas la primera en el popular cuento infantil universalmente difundido y la segunda tomando pie de las hazañas del popularísimo cuento *La flauta de Hameling.* Pero ya no entra en nuestro propósito comentarlas en este lugar.

Muchos años después, los escritores querían olvidar cuanto significó el loable esfuerzo de Benavente. El propio Eduardo Marquina en el tomo VI de sus obras completas dice: «Benavente fundó aquel teatro de los niños que, desgraciadamente, no pasó de un ensayo

laudable y bienintencionado. Allí estrenó Benavente con éxito enorme *El Príncipe que todo lo aprendió en los libros.*

»Luego, faltaron obras y la idea no prosperó...»

Ni siquiera Marquina quiso acordarse en esta nota de que él colaboró en la obra, no sólo con la magia de sus versos, sino con su producción titulada: *La muñeca inrompible.*

Los hermanos Alvarez Quintero, al prologar el libro de Fernando José de Larra *La Farándula Infantil* en el año 1928, declaran: «El teatro para niños, su realización y su desarrollo ha sido y son ilusiones constantes de nuestro espíritu desde que se enamoró de la musa dramática. En verdad que hubiéramos querido para cuantas tentativas se han llevado a cabo en España a favor de la bella causa, mayor prosperidad y fortuna.» Como se ve ni una sóla alusión a la memorable campaña de Benavente.

Hoy, a cincuenta y siete años de distancia, pensamos que sigue viable para comprender el esfuerzo de Benavente lo que el escribe en sus entrañables RECUERDOS Y OLVIDOS: «Mi verdad ha sido siempre aquel niño que ha ido siempre conmigo y que ha sido mi evasión y mi refugio siempre que he podido jugar al escondite en mi vida, para volver a ser el que hubiera querido ser siempre. Con el niño aquél son mis mejores diálogos; y niños son mis mejores amigos y con ellos, los pocos hombres que aún saben ser niños.»

Hermosas palabras que explican el motor espiritual que movió a nuestro Premio Nobel a levantar bandera, en España, de un Teatro para los niños, que, en aquellos instantes, arrió la incomprensión y, muy posiblemente, la envidia pequeña y mezquina como siempre, de sus contemporáneos.